



LA UNIÓN

XXVIII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS
(declarado de interés turístico nacional)

del 7 al 14 de agosto de 1988

Domingo, 7 de Agosto

22'00 h. **Pregón a cargo de D. Asensio Sáez.**

Actuaciones de:

- **Rondalla y Coro Hogar del Pensionista.**
- **Masa Coral I. Salineras de Torrevieja.**



Asensio Sáez

ro de La Unión y, por lo tanto, de su Festival, que no en vano el cante viene aquí a constituir parte consustancial del alma ciudadana, materia sagrada como quien dice.

Al repasar la nómina de sus libros publicados, advierte uno que un número considerable de los mismos a La Unión y su cante se dedican y que incluso uno de ellos, acaso el más robusto y bien plantado, al cante y sólo al cante viene a consagrar sus páginas. Asumir, pues, ahora el oficio de pregonero oficial del Festival constituye para uno, aparte del evidente honor que tal título supone, una manera de continuar aquella labor divulgadora, no digo si sobresaliente o deslucida, un día ya lejano con tanto entusiasmo comenzada. Si vencidas las responsabilidades que sobre el lance pesan, la apasionante aventura llega a buen fin, está claro que el éxito no será mío. En esta ocasión, antes que en las personales cualidades literarias, si las hubiere, la materia prima del éxito radica en la propia fascinación del tema, precisamente al alcance de la mano en los frescos hontanares de la biografía de La Unión, insólita ciudad con la que uno viene manteniendo una larga historia de amor.

Deteniéndome a considerar que la acepción más ajustada y aparente del verbo pregonar es la de "hacer pública una cosa para que venga a noticia de todos", caigo yo en la cuenta de que, de alguna manera, nunca ha dejado uno de ser pregonero

Tayam



PREGÓN DEL XXVIII FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS, 1988

Asensio SAEZ

Cuando se me propuso el pregón correspondiente a la versión del Festival que hoy comienza, uno se negó en principio: por una parte, alegando no merecer tal honor, que es lo que se dice siempre para quedar bien; por otra, al considerar que nuestro cante, sin duda uno de los más hermosos y dramáticos de toda la historia jonda, se pregona solo.

Pronto caí en la cuenta, sin embargo, que si la acepción más ajustada y aparente del verbo pregonar es, entre comillas, “hacer pública una cosa para que venga a noticia de todos”, pronunciar yo el pregón del Festival no venía a constituir para mí otra labor que, en última instancia, resultara distinta de la que uno, mejor o peor, viene desarrollando desde siempre, a través de sus libros, artículos, conferencias, incluso cuadros; esto es, precisamente el “pregonar”, de alguna manera, el tema de LA UNION, que es tanto como decir su cante, que no en vano el cante viene aquí a constituir parte consustancial del cuerpo y el alma de la ciudad. En cuanto a mi precipitada afirmación de que nuestro Festival no necesita ser pregonado siquiera por aquello de que el buen paño en el arca se vende, vino uno a discurrir de inmediato que por múltiples y robustas bondades alcanzadas por un producto, de poco habrían de servirle hoy, fuera del montaje publicitario que asalta y bombardea periódicos, pegatinas, pancartas, vallas, ...etc. invitando a recobrar el paraíso perdido a través del oportuno uso de determinados detergentes, refrescos, bonitos del norte, filtros de amor, silicona para

las domingas... Bueno, y no digamos de aquellos spots televisivos, vencedores de nuestra sobremesa, interrumpiendo las mejores secuencias de Buñuel o Fellini, para aconsejarnos la marca de un coche que jamás poseeremos o la fragancia de aquella loción que si te decides a usarla ya sabes que te las llevas de calle, cosa que no es verdad, que tengo yo un amigo en Albacete que va por la mitad del frasco y todavía no se ha comido una rosca.

Y el santo se me va al cielo, a lo que íbamos: quiere decirse que, por todas las razones expuestas, anda uno metido en estas lides pregoneros; pobre palabra mía desplegada bajo la noche de agosto, en vuelo bajo esta deslumbradora piñata de cristal y hierro del viejo Mercado. Y bien le gustaría a uno, bien que le gustaría disponer esta noche del don de la elocuencia; primero, claro, por unionense; segundo, por su larga vinculación al Festival, al que tantos, tan entrañables lazos me unen, pero yo no he venido aquí a hablar de mí, sino lógicamente a lo que pudiéramos llamar exaltación de un Festival que sólo la generosidad y entrega de unos hombres, regidores de los destinos de La Unión, hicieron, hacen posible. Párrafo de gratitud, por tanto, para Esteban Bernal Velasco, Antonio Sánchez Pérez, Andrés Martínez Cánovas y Salvador Alcaraz Pérez. No olvidemos, no olvidemos nunca que fue precisamente el Festival del Cante de las Minas el que volvió a acreditar, continúa acreditando, tanto en el ámbito nacional como más allá de nuestras fronteras, el nombre de LA UNION, tantas veces maltratado por un destino injusto.

Por eso resulta válida la decisión de airear el Festival, presentándolo cada año en distintas ciudades, y más si esos ámbitos pertenecen a la geografía andaluza, entroncando así a nuestro cante a sus verdaderas raíces, como el otro día ocurrió en LINARES, la hermosa ciudad hermana, de tantos y tan profundos arraigos jondos, y el pasado año, por citar sólo un par de ejemplos, en la propia SEVILLA, en la que a LA UNION le fue concedido el privilegio de presentar su certamen nada menos que en los REALES ALCAZARES, entre azulejos, tapices, arcadas y surtidores, como si nuestra copla, una auténtica Reina hubiese venido a resultar. Llegados siempre a este punto, ¿podremos olvidar lo que la inmigración andaluza vino realmente a suponer para la historia de LA UNION?. Ya una copla primitiva hace mención a este trasiego andaluz-unionense, tratado luego musicalmente muy bien, por cierto, por Arturo Pavón en su "SUITE FLAMENCA".

*Tengo que poner espías
a ver si mi amante viene,
al pie de TORRE-GARCIA.
No sé para mí que tiene
el camino de ALMERIA.*

Aceptadas, pues, las influencias andaluzas, no es de extrañar que, a lo largo de la siempre pintoresca historia de La Unión muchos de nuestros hombres

hayan estado más cerca de aquel personaje pemaniano, conocido por “el Séneca”, que del regordete, simpático tío Pencho salido del lápiz de Man. Abundan las anécdotas a este tenor, como la protagonizada por el unionense Ramón Perelló, autor, como todos sabemos, de la letra de “Mi jaca”, y, claro, de tantas otras canciones andaluzas popularizadas por Imperio Argentina, Antoñita Moreno, Manolo Escobar... Un día Ramón Perelló fue presentado a Serafín Álvarez Quintero, Serafín le preguntó a Perelló:

- *Bueno, usted será de Sevilla, ¿verdad?*
- *Pues no, no señor, no soy de Sevilla*
- *Entonces será usted de Córdoba.*
- *Pues, no, no señor, tampoco de Córdoba.*

Preciso al fin Perelló que había nacido en La Unión, aclaración que hizo exclamar a Álvarez Quintero:

- *¡Bueno, hombre, bueno, de todos modos provincia de Sevilla!*

Aún entendiendo, por supuesto, el sentido figurado de las palabras de Álvarez Quintero, la anécdota dice mucho a favor del aire andaluz que sobre La Unión ha pesado siempre.

Otra anécdota más reciente es la protagonizada por Manolo Sanlúcar, que pasa un día por La Unión y me dice:

- Te voy a dar una sorpresa. ¿Sabes qué llevo entre manos? El proyecto de una suite que voy a titular “Las nueve provincias flamencas de Andalucía”.

- ¡Hombre, serán ocho- exclamé yo, ingenuamente, pobre de mi.

Me aclaro entonces Manolo Sanlúcar:

- Toma nota. Si a las ocho provincias que geográficamente cuenta Andalucía, le sumas La Unión, a ver si no te salen nueve...

De pandereta y folklórica, en el sentido peyorativo del vocablo, fue tachada un día la decisión de bautizar la pequeña pero simpática plazuela que se ubica frente al Ayuntamiento de La Unión, con el nombre de Julio Romero de Torres, olvidando que la verdadera significación del hecho obedecía simplemente a devolver parte del amor que Julio Romero, “cantaor” antes que pintor, había demostrado a La Unión. ¿Cuántos saben hoy que muchos de sus cuadros más famosos fueron pintados, según atestiguó Rafael, hijo de Romero de Torres, cantando o tarareando coplas de La Unión? Oigamos el testimonio del propio Romero de Torres: “Salí de Córdoba y me fui a La Unión, donde conocí la vida de los mineros. Allí canté flamenco”.

Aunque la pintura venció al fin al cante, “las relaciones entre Julio Romero de Torres y La Unión merecen un detenido estudio - escribe el cordobés Miguel Salcedo Hierro -, estudio que yo prometo realizar para incorporarlo a la segunda edición de mi libro sobre el Museo del pintor”. Precisamente en sus visita a La Unión hace unos años, Salcedo Hierro escribe la siguiente décima:

*El corazón del minero
que va siempre por delante,
vino a estudiarlo en su cante
el pintor Julio Romero,
pero al quedar prisionero
de sus dolores y espigas,
con sus esencias más finas
dió rumbo a su corazón
quedándose en él La Unión
y su cante de las minas.*

No quiere decirse con todo lo que atrás queda, que en modo alguno La Unión deje de enorgullecerse de su murcianía, pues justamente de tierras murcianas nació un día, como nadie ignora a estas alturas, al ser segregada de Cartagena, que más que ciudad hermana así viene a resultar: Cartagena matrona, madre Cartagena podríamos decir, ¡qué bonito! Y es verdad que ésta que tocamos materia hartamente comprometida viene a salir, sobre la que hay que andar con pies de plomo, por aquellos sutiles matices promovidos por las consabidas desavenencias existentes entre los términos “murciano” - “cartagenero”, “cartagenero-murciano” y que, de rebote, más de una vez ha hecho bailar a los unionenses con la más fea, pues mientras Murcia, acaso por puro despiste, ha hecho la vista gorda en determinadas ocasiones, empujando a La Unión a descansar a la sombra de la municipalía cartagenera, Cartagena, a su vez, no ha visto con excesiva complacencia determinados entronques unionenses con la capital, a saber si por otro malentendido de creernos en luna de miel con el centralismo murciano. Y no, no es verdad. Si existe un pueblo de gestos abiertos y mano franca extendida a unos y a otros, acaso un tanto escéptico, eso sí, por aquello de haber sufrido en su propia carne todas las ambiciones, todas las codicias, ese es La Unión, hasta el extremo de gustar introducir en su cancionero aquella copla pacificadora que borra todo posible matiz de discordia, y que uno, en su modestia, propondría como fórmula de algún modo conciliadora:

*Cartagena me da pena
y Murcia me da dolor.
¡Cartagena de mi vida,
Murcia de mi corazón!*

Andaluza por la copla, murciana por la sangre, esta es La Unión, siempre ofrecida como ejemplo de ciudad insólita, “fuera del orden general de los pueblos de España”, escribe un día el embajador Giménez Caballero, tras su visita a La Unión, cuando seguramente ya venía proyectando el escritor la fascinante aventura histórica de casar a Pilar Primo de Rivera con el Führer. Acostumbrada La Unión a un destino mitad adverso, mitad glorioso, que desde los tiempos de

Roma hasta nuestros días ha venido sellando el estilo de la ciudad, a La Unión le vienen resbalando muchas e inútiles desazones, muchas estériles apetencias, hasta dotar a sus habitantes de una impronta digamos señorial, un tanto manirrota a veces verdad. Por ejemplo: a aquel minero enriquecido que casó a su hija en La Unión, le hubiera bastado, para quedar bien, con una tortada de merengue de la confitería de Ernesto Martínez y una copa de anís del Mono, pero prefirió conectar con la Casa Lhardy de Madrid, a la que trajo a La Unión para servir el banquete. Como creyente, al unionense le hubiera resultado suficiente levantar un templo más o menos decoroso en consonancia con el número de fieles correspondiente al distrito parroquial, pero no, le gustó contar con las hechuras catedralicias de su iglesia principal, pomposa sede de su Patrona, la Virgen del Rosario, Minera Mayor de La Unión. Nuestros troveros en fin, van más allá de los poetas, que necesitan papel y pluma para el nacimiento de sus versos, mientras ellos, los repentistas, digo, dilapidan los suyos, quemándolos generosamente como una bengala de deslumbradores fuegos irre recuperables. Ni al que para encender sus puros quemaba un billete de Banco ni siquiera al tío “Revelao”, cuya cachonda aventura hubiera hecho feliz a don Camilo José Cela, se les hubiese ocurrido otras soluciones más funcionales que las que, por unionenses, manejaron.

Todo lo cual ha venido a producir, en última instancia, un modo de ser más cerca de la ensoñación que de la eficacia, circunstancia que, conozcámoslo, ha llevado a veces a La Unión al encuentro de terribles equivocaciones. Se equivocó La Unión aquella mañana de San Silvestre de 1859 en que se segregó de Cartagena, ya que al decidirse por el sabroso cogollo de la minería, menospreció un término municipal que por razones geográficas la hubiese llevado posiblemente hasta Cabo de Palos y La Manga. Muy señor mío, ¿un poblachón de pescadores, una inútil y solitaria franja de arena?, ¿para qué, a ver, dígame usía para qué?. Se equivocó La Unión cuando, en plan de ciudad alegre y confiada, creyó a pies juntillas en la profecía del historiador Amador de los Ríos, según el cual iba a eclipsar muy pronto el poder de Cartagena, ahí queda eso. Se volvió a equivocar cuando hizo caso omiso a las soluciones propuestas por Andrés Cegarra Salcedo para remediar la crisis de la minería. Se ha equivocado de nuevo al cargarse en los últimos años la modesta pero encantadora tradición arquitectónica de la ciudad, que todos sabemos que la tiene. Y a ver, a ver qué escribirían ahora de nuestras casas, de nuestras calles, tomadas en otro tiempo como típicos modelos funcionales y estéticos, un González-Ruano, un Antonio de Obregón, un Castillo Puche, la misma Fundación March que en su libro sobre Murcia ha alabado el perfil arquitectónico de La Unión y tantos, tantos otros...

Por las veredillas de las equivocaciones, por los senderos de los aciertos también, endereza La Unión la andadura de sus cantes, nacidos un día como puro desahogo personal.

Quién canta su mal espanta. O echas fuera los malos humores que la vida viene criando en los adentros, o se te convierten en veneno, tú dirás, primo. ¡Ay si a todos nos fuese dado, como al minero cantaor, el don de desprenderse en una copla de aquellas penas que la existencia hace nacer en los entresijos del alma! Cuidado, sin embargo. No todo es negro en nuestro cante. Cierto que la historia de la vieja mina, con su escalofriante desamparo, pudo dar paso a coplas como la que sigue, totalmente la síntesis de una novela por entregas, un boceto para un cuadro de Solana:

*Para tu familia, el luto
y para tí la mortaja.
Si pa tí no es el producto,
minero, ¿pa qué trabajas?*

Pero cierto también que, recobrada la alegría de vivir a la salida de la mina, respirando de nuevo el olor picante del hinojo y el tomillo, con el duro amadeo en el bolsillo y el vino peleón aguardando sobre el mostrador de madera de la taberna, la copla podía ganar en costado jaranero y optimista del amor, la amistad y hasta la glorificación del oficio:

*Vale más un minerico
con su ropa de trabajo
que todos los señoritos
calle arriba calle abajo*

Porque no es verdad que La Unión haya resultado nunca una ciudad triste, como otros tantos pueblos mineros, teñidos de gris, tocados por el aletazo de los humos, de los cielos nublados. A La Unión la ha salvado siempre el lujo de su paisaje. Ocurría que al minero le bastaba ser devuelto a la superficie, una vez consumida la jornada laboral, para encontrarse inmerso en un ámbito jocundo en el que contaban los mares a pares, el molino, la palmera, la higuera, el sol... Abajo, en las profundidades de la mina, quedaban miedos y resquemores. Ahora el corazón podía aferrarse a la más hermosa de las palabras: vivir.

*Deja que cobre en la mina
y te compraré un refajo
y unas enaguas muy finas
que te asomen por debajo
diez varas de percalina.*

Son coplas por todos sabidas, elementales, ajenas a todas las etiquetas que con el tiempo tanto habrían de preocupar a los flamencólogos que después vendrían. La verdad es que al minero debía traerle sin cuidado todo lo que no fuera su propio dolor, su propio gozo. De ahí los errores en cuanto a la nomenclatura

de los cantes se refiere. Cuenta Andrés Salóm como el mismo Chacón, tan ligado a La Unión, por cierto, llegó a registrar varios cantes con el nombre de “murcianas”, cuando la mayoría de ellos no eran más que malagueñas y cartageneras. Y ya que hablamos de Chacón, sépase que de algún modo vino también a equivocarse al llamar a la minera “cante de hombres solos”, mineros de pico y marro, de pozo y vagoneta. No contó Chacón con Conchita la Peñaranda, ni con los futuros éxitos de Emilia Benito, ni claro con los de Encarnación Fernández... De la primera, heroína de copla y romance, contar y no acabar, pues habiendo empezado su jacarandoso currículum como la planchadora de La Unión, terminó poniendo en pie a las gentes del Burrero, el famoso café cantante de Sevilla. De Encarnación Fernández da fé se propia copla suculenta, toda ella –copla y mujer– en posesión de los más apasionantes duendes gitanos, ¡Si hasta por tener tiene Encarna el mismo nombre que la dueña del famoso café Gijón!

¿Y qué decir de aquel volcán llamado Emilia Benito, una especie de Lola Flores todavía sin problemas de Hacienda, un cromo de almanaque plantado en mitad del escenario, envuelta siempre en la ola de un mantón de Manila y coronada por la lengua de Pentecostés de una peineta de carey?. No, uno no la alcanzó personalmente, pero sí a sus hermanas, más jóvenes que Emilia aunque, eso sí, bastante entradas en años a la sazón. Muy acicaladas, muy recompuestas. Me visitaron en La Unión, ya muerta Emilia en Méjico, para solicitarme la reivindicación de la memoria de su hermana, como si hubiera algo que reivindicar, como si en la historia de La Unión el nombre de Emilia Benito no contase con letras de oro. Resulta que, enteradas de la próxima aparición de la segunda edición de mi “Libro de la Unión”, me solicitaron muy amablemente, muy comedidamente, la supresión de alguna anécdota, al parecer en exceso folklórica, entre comillas, protagonizada por Emilia, y a lo que yo, en honor de ellas, accedí, por lo que luego, a fuer de agradecidas, me enviaron desde Valencia, donde residían, una caja de dulces y una imagen de la Virgen de los Desamparados, rodeada de bombillitas de colores que, al ser enchufadas se encendían en una auténtica apoteosis. Por lo visto, ambas señoras poseían el mismo concepto personal del regalo que del folklore.

“¿Pues qué decir de la varonía del cante, nómina deslumbradora que empieza en el “Rojo el Alpagatero” para entroncar, muchos años más tarde, con Antonio Piñana, precisamente abriendo marcha en la concesión de las “Lámparas Mineras” del Festival? Detenerse en los datos de aquellos que componen nuestra historia del cante minero, está claro que llenaría el papel de muchos libros. Queden aquí, en representación de todos, dos nombres excepcionales correspondientes a dos “cantaos”, muerto uno; vivo entre nosotros, quiera Dios que por muchos años, otro. Acabo de nombrar a Eleuterio Andreu y a Pencho Cros. Represente ambos a toda la brillante relación de intérpretes en cuyas gargantas, algunas de ellas excepcionales, nuestra copla tomó cuerpo.”

Sé que no sólo “cantaores”, sino hechos importantes, anécdotas pintorescas, páginas coloristas que al cante de La Unión atañen, quedan en el tintero, pero uno se acerca ya a la frontera de aquellos minutos convenidos para su pregon, amén de que, antes que dé la palabra, éste es el tiempo de la copla, que ya ha sonado “la hora bruja en que el quejío llama a la puerta de La Unión como un potro incontenible”, son palabras de Pedro Rodríguez, aquel lujo del periodismo español, que se nos fue cuando tantos proyectos le quedaban por llevar a cabo, como hace poco se nos fue Luis Gijón, tantos años trabajando con nosotros, como ahora se nos ha ido Pedro Ginés Celdrán, perteneciente al colectivo de “Pintores del Festival”, que ha hecho falta ver su puesto vacío definitivamente en estos días de preparación del certamen, para convencerse de que Pedro Ginés no es que se le ha hecho tarde en llegar, es que ya no va a llegar nunca.

Esta es, decíamos, la hora en que La Unión vuelve a ser más ella, más ciudad “cantaora” pero también más ciudad minera. Pero, vamos a ver, ¿quién había caído en la tentación, seguramente ofuscado por los graves problemas que sobre nuestra minería hoy pesan, de creer que La Unión podría dejar de ser minera? ¿Pero qué iban a hacer entonces las cinco abejas que revolotean en nuestro escudo, una vez desmontados de éste la lámpara minera, el pico y el marro?

Asumiendo precisamente su destino minero para el que fue nacida, La Unión inaugura hoy su nueva versión del Festival Nacional del Cante de las Minas. Un riesgo puede acechar en el futuro sobre él: la momificación producida por la ausencia de nuevas savias jóvenes, acaso excesivamente engaitadas por la cultura de la hamburguesa y la litrona. Cristóbal Páez, otro pregonero del Festival, ya lo decía en cierta ocasión: “Estamos luchando por conquistar rebañones de coches, por ganar el trofeo de un piso cerrado con olor a nicho, enrollados en esta sociedad de consumo que olvida las palomas y las guitarras”.

Sepamos nosotros conservar este legado cultural que es el cante de las minas, este herencia inapreciable de la que el unionense debe sentirse orgulloso, entendiendo el compromiso que, de alguna manera, le atañe no sólo en la supervivencia de su Festival sino en el perfeccionamiento y mejora de éste.

Eso sí, cuando rescatada definitivamente de todos los olvidos y menoscabos de otros tiempos, la copla minera enderece su andadura camino del longplay, o de los potentes focos de un gran programa televisivo o del lujoso tablado profesional con entradas a precios prohibitivos; cuando por cantarla impecablemente, al gusto de los señores flamencólogos, una factura le ponga precio a la copla, no olvidemos que en un tiempo, ya lejano, hubo alguien que en el fondo de la mina, a la tenue luz de un candil y a cambio de su dolor personal e intransferible, la inventó gratis.

Nada más. Muchas gracias.

Joyau

